**76. Se predica para que todos sepamos juzgar las cosas de la historia.**

*“El objeto de predicar la homilía no es otra cosa que decirles a todos los que estamos en la reflexión de la palabra de Dios que esa palabra* *se cumple hoy. Es una actualización de la eterna palabra del Señor. Se predica , pues, en la misa no por demagogia, como algunos me han acusado, ni porque tengamos manía persecutoria, sino porque queremos iluminar con la palabra eterna del Señor la realidad en que la Iglesia de nuestra arquidiócesis se mueve y para que todos los que la componemos, esta Iglesia,* ***sepamos juzgar las cosas de la historia****, no con nuestros propios criterios personales, sino* ***con la luz de la palabra eterna del Señor****, que es la que prevalece para siempre*”.

Con estas palabras inicia el arzobispo de San Salvador su homilía el día de hoy. Aclara para qué sirve la homilía durante cada eucaristía, celebración de la Palabra y podemos añadir para cada reflexión comunitaria. Primero rechaza acusaciones de parte de quienes no quieren escuchar la Palabra de Dios. Luego nos recuerda que el objetivo de la homilía es ayudarnos para que “*sepamos juzgar las cosas de la historia, no con nuestros propios criterios personales, sino con la luz de la palabra eterna del Señor”.*

Debemos tomar en serio estas aclaraciones sobre el objetivo de la homilía y de todo aporte reflexivo sobre el Evangelio. Quienes predican con regularidad durante las celebraciones litúrgicas pueden preguntarse con honestidad y humildad si sus homilías de verdad tienen ese objetivo y si de verdad se logra ese objetivo. Hemos conocido a predicadores que no preparan sus homilías, ya que hablaron tantas veces sobre el texto, y cuentan con la inspiración (¿) del momento. Conocimos a otros que solamente vuelven a contar – con sus palabras y a veces con otras anécdotas – el texto del evangelio sobre alguna parábola o una acción de Jesús. Por supuesto muchos otros preparan adecuadamente sus homilías. Pero aun así es importante revisar críticamente lo que pretendemos con nuestras homilías. ¿Tenemos claro lo que pretendemos en la homilía para el próximo domingo, para esa comunidad de creyente, en esas circunstancias, en esa coyuntura nacional e internacional?

Monseñor nos avisa. No se trata de proclamar nuestra lectura personal, “*desde nuestros propios criterios”* (políticos ideológicos, económicos o sociales), de la realidad en sus diversas dimensiones: la vida personal, familiar, comunitaria, de gremio, los acontecimientos y la vida nacional e internacional,... La tremenda misión del predicador es iluminar la realidad “*con la luz de la Palabra eterna del Señor”.* Y eso no es sencillo. Los profetas del Antiguo Testamento dan testimonio particular de lo duro que es serle fiel a esa Palabra de Dios, sobre todo cuando hay que denunciar la falta de hermandad o los atropellos a hermanos/as nuestros/as, sea por abusos, por explotación económica, por exclusión, por decisiones políticas, por el uso de la fuerza,… De ahí que la preparación de la homilía desde el silencio de la oración donde Dios nos habla a nuestra conciencia, es tan fundamental. Muchas veces el mismo predicador/a está cuestionado/a por el Evangelio, y aun así tiene la misión de predicar, con humildad y con deseo de convertirse el/ella mismo/a.

La comunidad creyente que escucha la homilía debería sentir y comprender que esa palabra de Dios que se ha leído en las lecturas “*se cumple hoy”.*  No es algo del pasado, desde hace dos o tres mil años. No es algo de lejos en el medio oriente, en Palestina. Se trata de discernir, de descubrir como esa Palabra de Dios se cumple hoy en nuestra realidad histórica. Por eso la homilía debe sonar y ser comprendida como “*una actualización de la eterna palabra del Señor”.* Quienes con regularidad participamos de la eucaristía o celebración de la palabra o leemos la Biblia, podemos caer en la tentación de sentir que ya conocemos esa parte del evangelio, esa parábola. Más bien ya aburre. Así no resaltará el mensaje de Dios para hoy y aquí.

Monseñor Romero hacía tiempo, cada semana, para leer lo que la exégesis bíblica puede enseñar, para escuchar lo los teólogos comentan a partir de esos textos, para escuchar analistas políticas y defensores de los derechos humanos, nunca faltaba escuchar a gente sencilla que buscaba consuelo por ser víctima de la represión, y por supuesto su propia reflexión “en la celdita de su conciencia”, en la oración. Así se ponía siempre debajo de la Brisa suave del Espíritu, para poder hablar con el Fuego del Espíritu durante la homilía.

Nunca se trata de convertir la homilía en una explicación doctrinal. Para eso pueden haber otros espacios. La homilía es un espacio catequético[[1]](#footnote-1). Se trata de un espacio evangelizador donde se busca iluminar la realidad de la vida y de la historia bajo la luz de la Palabra de Dios, bajo la luz sobre todo del Evangelio. De esa manera, bien reflexionada y preparada la homilía puede ser un momento de descubrir como esa Palabra de Dios se hace actualidad, se realiza hoy y aquí, en nuestra vida y nuestra historia. Cada situación de vida de las personas que participan en las celebraciones donde hay homilía, será un entorno diferente desde donde la comunidad presente escucha la Palabra de Dios y trata de aceptarla como Buena Noticia (Evangelio). No es lo mismo predicar en una catedral o en la cárcel. No es lo mismo la eucaristía con enfermos/as en un hospital, con personas ancianas en un asilo o en un campamento de verano de jóvenes. No es lo mismo la homilía en una comunidad de refugiados y migrantes o en una parroquia rural. No es lo mismo la homilía en la celebración de un bautismo, de un matrimonio o durante una misa de cuerpo presente. Pero siempre tendrá el mismo objetivo: que “***sepamos juzgar las cosas de la historia****, no con nuestros propios criterios personales, sino* ***con la luz de la palabra eterna del Señor****”.* Que sepamos hacer vibrar la palabra de Dios como Buena Nueva en las circunstancias concretas de las personas y de la comunidad creyente que ser reúne. La homilía tiene un papel dinamizador, animador y motivador en el camino del Evangelio para esas personas participantes de la celebración litúrgica. La homilía va a ser la palabra de fe del pastor que conoce a su rebaño y que la guía a la luz de la Palabra de Dios en medio de los acontecimientos de la vida, muchas veces tinieblas y oscuridades.

De la misma manera hoy la palabra de Monseñor Romero nos ayuda a comprender mejor tanto el Evangelio mismo, como la realidad histórica de la vida. Él se puso en los zapatos de las y los pobres, de los perseguidos/as, y desde ahí leía el evangelio dominical, desde ahí reflexionaba la Palabra de Dios, y desde ahí logró que su pueblo supiera comprender y valorar su vida y su historia. No tengamos miedo para seguir su ejemplo.

Sus hermanos Tere y Luis Van de Velde

Compartimos otra cita de la misma homilía con una reflexión mía (2015), gravada en la Radio San Mateo de la Iglesia Anglicana San Mateo en los EEUU:

28. amor a Dios y al prójimo <https://www.facebook.com/MonsOscarARomero/videos/1603774136638821>

**Reflexión para el domingo 18 de septiembre de 2022.** Para la reflexión de este día hemos tomado una cita de la homilía durante la eucaristía del 25 domingo ordinario - Ciclo C, del 18 de septiembre de 1977. Homilías, Monseñor Oscar A Romero, Tomo I, Ciclo C, UCA editores, San Salvador, p.317

1. En su homilía del 22-4-1979 dijo “Yo quisiera que lo principal de mi predicación lo recogieran como una catequesis”. [↑](#footnote-ref-1)